

Las enemigas naturales de la Luna

—Perdón, Poc, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Sí.

—¿A cuánto queda la Luna?

—¿De ahí donde está parado usted o de donde estoy yo?

—A ver, déjeme pensar.

—...

—De donde estoy yo.

—¿Quiere saber en horas o en libras esterlinas?

—Bueno, había pensado en kilos, pero me da igual.

—Yo calculo que a unos quince litros.

—¿Litros por segundo o por minuto?

—Por kilo, ¿por qué?

—Estaba tratando de calcular el tamaño en relación con el Sol.

—¿Por qué le preocupa eso?

—Si la Luna se cayera, quisiera estar seguro de que lo haría en dirección al Sol y no en dirección a mi casa.

—Podríamos pensar que es la Tierra la que se va a caer encima de la Luna.

—Perdón, no entiendo el vuelco de su razonamiento.

—Siendo la Tierra más grande que la Luna, la que saldrá lastimada será ella y no la Tierra.

—Sí, pero... ¿qué pasa si yo me caigo encima de la Luna? Al ser más pequeño, ¿no seré yo el más lastimado?

—En ese caso, sí. ¿Ha notado alguna tendencia a caerse hacia arriba?

—Bueno, no es exactamente eso, pero la semana pasada me cansaba al subir tres pisos por las escaleras... y ayer subí seis pisos como si nada.

—Caramba...

—Incluso llevaba una bolsa llena de naranjas, quizá unos tres kilos.

—¿No serán las naranjas las causantes de su ingravidez... o las que lo vuelven atractivo para la Luna?

—No lo había pensado... déjeme ir por un par y hacemos un experimento (entra en su casa).

—...

—(Regresa con dos naranjas). Veamos, usted debe controlar. Primero saltaré sin ninguna naranja. ¿Quiere sostenerlas, por favor?

—Prefiero no hacerlo hasta no estar seguro de que ellas no son las causantes.

—Lo comprendo. Las dejaré en el suelo (deja las naranjas).

—...

—(Da un salto). ¿Cómo estuvo?

—Normal, diría que un salto común y corriente.

—De acuerdo, ahora veamos con una naranja (la toma).

—...

—(Da otro salto). ¿Y ahora?

—Bueno, no quiero asustarlo, pero casi le podría asegurar que fue un poco más alto.

—Qué horror. Y yo cargando naranjas como si nada. Sigamos con la que falta (la toma).

—...

—... (Da otro salto).

—¡No puedo creerlo! Fue evidentemente más alto. Se confirma mi hipótesis.

—(Apoya una mano en el hombro del señor Poc). Estimado amigo... le debo la vida, jamás hubiera sospechado que estaba siendo atraído por la Luna.

—¿Usted cree que a la Luna le gustan las naranjas?

—Quizá no le gusten, pero tiene poder sobre ellas.

—Tal vez las naranjas son para nosotros lo que los anzuelos a los peces.

—¡Qué horror! Si no hubiera sido por su oportuna intervención, quién sabe, quizá en un par de meses, o días, ya estaría flotando, elevándome irremediabilmente.

—No quiero alarmarlo, pero... ¿ha comido muchas naranjas últimamente?

—Tiene razón. Sí, como postre, en jugo, en ensaladas de frutas, en mermelada, pato a la naranja, lomo de cerdo a la naranja... estoy en peligro.

—No desespere, debemos pensar en algo. Tiene que haber alguna solución.



—¿Ponerme pesas en los pies? No, sería peor; por un lado, me atraería la Luna; por otro, me sostendrían las pesas. Moriría descuartizado.

—No, estaba pensando en otra cosa, debemos contrarrestar el efecto de las naranjas. Las naranjas, el color naranja en sí, usted sabe, está formado por...

—La combinación de rojo y amarillo.

—Que son colores cálidos. ¿Cuál es el color frío opuesto?

—El azul.

—¡Perfecto! ¡Debe comer cosas azules!

—Nuevamente me sorprende, es brillante. Veamos, debo comer cosas azules, pero no cualquier cosa, sino frutas azules. Eso es, frutas azules... ¡Las uvas!

—Exacto. Las uvas son las enemigas naturales de la Luna.

—Por favor, acompáñeme al mercado a comprar naranj... perdón, quise decir uvas, fue un lapsus.

—No. Aún está bajo su poder y lo estará por un tiempo. Las naranjas lo tentarán de manera irresistible y sentirá que las uvas son feas o malintencionadas, sucias. Debe cuidarse.

—Tiene razón, le juro que comeré uvas aunque muera aplastado contra la Tierra.

—No, las uvas son buenas. Ellas nunca le harían eso. No permita que se filtren pensamientos negativos, ¿quiere flotar disparado hacia la Luna?

—Por supuesto que no.

—Entonces recuerde que las uvas son las enemigas naturales de la Luna. Dígalo.

—Las naranj... ¡Caramba! ¡De nuevo!

—¡Inténtelo! ¡Usted es más fuerte que las naranjas!

—(Con mucha dificultad). Laa... as uu-vvvass... ¡Oh, siento que me hierve la sangre!

—¡Siga! ¡No se rinda!

—... Ssoonnnn lass ennemmmiggass... nattu-
rales... dddee la Luuunnaa.

—¡Bravo! Vayamos al mercado.

—¡Quiero una naranja! ¡Por favor! ¡Quiero ir a la Luna!

—No se rinda, amigo, vamos al mercado por uvas.

—¡Agh! ¡Qué asco! Pero tiene razón, vamos por uvas antes de que sea demasiado tarde.

